

# ¿Existen los judíos?

Una reseña de Shlomo Sand, *La invención del pueblo judío* (Londres, Nueva York: Verso, 2009)

**"Toda la verdad profética gira en torno a los judíos". Jack van Impe y Roger F. Campbell**

Se ha publicado una edición en español de este libro (*La invención del pueblo judío*, Madrid, Akal, 2011), pero las referencias de las páginas que aparecen aquí están tomadas de la edición en inglés.

El punto de vista dominante entre los evangélicos estadounidenses, quizá incluso en todo el mundo, es el dispensacionalismo. Esta teología considera que el programa de Dios en la historia está centrado en los judíos; a la iglesia cristiana la llaman un "paréntesis misterioso" en el programa de Dios, algo no previsto en los tiempos del Antiguo Testamento, e introducido como una medida temporal cuando los judíos en tiempos de Jesús rechazaron su oferta del Reino. Pero Dios, dicen, volverá a su programa original centrado en los judíos, los descendientes de Abraham "según la carne", y pronto. El comienzo de esta reversión al programa centrado en los judíos es evidente en el regreso de los judíos a su antigua patria, de la que los romanos los expulsaron, y el establecimiento del estado de Israel. Dios, dice el dispensacionalismo, eliminará a los cristianos de la tierra (por medio del Rapto), y entonces la batalla de Satanás y sus fuerzas contra Dios tomará la forma de un ataque a los judíos, al final del cual aceptarán por fin a Jesús como su Mesías, invirtiendo lo que habían hecho hace 2000 años. A continuación vendrá el milenio donde los judíos (incluyendo a los muertos resucitados) junto a Jesús gobernarán el mundo. Los cristianos gentiles serán confinados en un enorme cubo que se cierne sobre la tierra, pero que durante mil años no podrá tocar la superficie. Recuerdo mi clase de escatología en el seminario, cuando algún estudiante preguntó: "¿Participaremos en el milenio?", y el instructor, Paul Feinberg, que se consideraba una especie de judío, respondió: "¡Ustedes no, pero yo sí!"

Pero supongamos que los judíos no fueron expulsados por los romanos. Supongamos que ya se convirtieron al cristianismo antes de que terminara el imperio romano. Supongamos que las personas que fueron a Israel en el siglo XX no eran judíos, descendientes de Abraham, sino descendientes de conversos, traídos al judaísmo en la antigüedad por los intensos esfuerzos judíos de proselitismo. Eso es lo que Shlomo Sand se propone establecer en su libro. En efecto, el dispensacionalismo resulta ser la incorporación al cristianismo de una mitología sionista.

Aunque Sand afirmó que sólo recogía información histórica conocida, tras la publicación del libro en Israel, bajo el título *¿Cuándo y cómo se inventó el pueblo judío?* en 2008, hubo un gran revuelo y una denuncia del libro por parte del establishment sionista, cuya ideología exige la idea de que son los verdaderos dueños de Palestina porque son los propietarios originales que regresan. También se opone el judaísmo rabínico, ya que en la Edad Media hicieron de la necesidad virtud al pasar de una religión proselitista a otra que la prohibía (la práctica se había convertido en ilegal y se castigaba severamente a partir de finales del

Imperio Romano) y desalentaba fuertemente la conversión. A continuación, ajustaron su concepto de lo que era ser judío para que coincidiera.

El primer capítulo de Sand está dedicado a la sociología de la idea de nación y a las ideologías del nacionalismo. En él aborda las diversas teorías y definiciones contradictorias que se han propuesto, con el fin de mostrar lo problemático que es el concepto. Su enfoque es histórico, mostrando cómo estos conceptos fueron refinados o revocados por sucesivos teóricos. Dado que muchos de los posibles lectores del libro eran personas criadas en la narrativa nacional sionista, y sin sofisticación histórica o sociológica, tiene sentido socavar cualquier ingenuidad existente sobre estas cuestiones, que probablemente conduciría a actitudes dogmáticas. Además, el libro es el primero de una serie propuesta, a la que seguirán *La invención de la tierra de Israel*, (Madrid, Akal, 2013), y uno que desafía la idea del judío secular, que quizá se cumpla con su libro *Cómo dejé de ser judío*. (Como lo resumió un crítico: "Shlomo Sand a los judíos seculares: Yo no soy judío y vosotros tampoco"). Así, esta revisión de las teorías de la nación sirve para fundamentar un proyecto más amplio. Puede que muchos lectores se lo salten por considerarlo demasiado tedioso.

A continuación, sigue una historia de la redacción de las historias judías, en un capítulo que Sand titula "Mitohistoria". Comienza con Josefo, cuyos libros *La guerra de los judíos* y *Antigüedades de los judíos* no tienen paralelo. Señala que "Entre Flavio Josefo y la era moderna no hubo intentos de autores judíos de escribir una historia general de su pasado". (p. 65) Josefo tomó las *Antigüedades romanas* de Dionisio de Halicarnaso como modelo para tal obra. Pero después de esto, dice Sand, "ni la tradición altamente desarrollada de crónicas del cristianismo ni la literatura histórica islámica atrajeron al judaísmo rabínico, que, con raras excepciones, se negó a examinar su pasado cercano o lejano". (p. 66) Dado que el judaísmo es a menudo llamado la primera religión histórica, que transmitió una conciencia histórica al mundo occidental, esta situación es sorprendentemente extraña. Pero la idea de una conciencia histórica se basa en los escritos bíblicos.

Sin embargo, la Biblia había cambiado de estatus entre los judíos.

Las centenarias comunidades judías nunca pensaron en el Antiguo Testamento como una obra independiente que pudiera leerse sin la interpretación y la mediación de la "Torá oral" (la Mishnah y el Talmud). Se había convertido, principalmente entre los judíos de Europa Oriental, en un libro marginal que sólo podía entenderse a través de la Halajá (ley religiosa) y, por supuesto, de sus comentaristas autorizados. La Mishná y el Talmud eran los textos judíos de uso habitual; se introducían pasajes de la Torá (el Pentateuco), sin continuidad narrativa, en forma de sección semanal leída en voz alta en las sinagogas. El Antiguo Testamento en su conjunto siguió siendo la obra principal para los caraitas en el pasado lejano y para los protestantes en los tiempos modernos. Para la mayoría de los judíos a lo largo de los siglos, la Biblia era una escritura sagrada y, por tanto, no era realmente accesible a la mente, al igual que la Tierra Santa apenas estaba presente en la imaginación religiosa como un lugar real en la tierra. (pp. 74-75)

Esta ecuación, tan extraña para los protestantes, de que "la Biblia era una escritura sagrada y, por tanto, no era realmente accesible a la mente", le parece natural a Sand, y no da más explicaciones.

La primera historia moderna de los judíos, según Sand, fue la del hugonote Jacques Basnage, que se interesó por los judíos como "las víctimas elegidas del papado corrupto". (p. 67) La obra de Basnage sirvió de punto de partida para una historia, esta vez escrita por un

judío, de Markus Jost unos cien años más tarde, *Historia de los israelitas desde la época de los macabeos hasta nuestros días*, (1820). "Esta obra sorprendería a los lectores de hoy, porque este primer intento moderno de contar la historia completa de los judíos, escrito por un historiador que se veía a sí mismo como judío, se saltó el período bíblico". (p. 67) No hace falta que repasemos las sucesivas historias judías que Sand analiza extensamente, sino que nos limitamos a señalar su punto principal de que "desde el principio, hubo una estrecha conexión entre la percepción del Antiguo Testamento como fuente histórica fiable y el intento de definir la identidad judía moderna en términos prenatalistas o nacionalistas. Cuanto más nacionalista es el autor, más trata la Biblia como historia, como el certificado de nacimiento que atestigua el origen común del 'pueblo'". (p. 71)

A finales del siglo XIX, el Antiguo Testamento se había "convertido en el libro del renacimiento nacional judío" (p. 87) dando lugar a una "estrategia narrativa sionista... a saber, que la Biblia está efectivamente llena de relatos imaginarios, pero su núcleo histórico es digno de confianza". ¿Por qué? Porque la cualidad legendaria fue añadida por la tradición popular y la modificación literaria posteriores, que adaptaron la "memoria del pueblo" vivo, un "testimonio auténtico e indiscutible de las experiencias reales de la nación". (p. 92)

Sin embargo, Sand es ateo y no cree en los elementos sobrenaturales que se encuentran en las narraciones bíblicas. Tampoco lo hicieron los historiadores sionistas, pero sin embargo trataron de preservar la historia, a pesar de que en la Biblia la creación, el éxito y la supervivencia de Israel dependen de una constante intervención sobrenatural. Para Sand esto es incoherente. Dice de uno de esos historiadores, Simon Dubnow, que

A partir de ahora, sería posible relatar la historia de los judíos casi exactamente como se contaba en el Antiguo Testamento, menos los prodigios y milagros (supuestamente se trataba de fenómenos naturales volcánicos) y la pesada prédica religiosa. La historia aparecía ahora revestida de un ropaje más secular, liberada de la metafísica divina pero totalmente subordinada a un discurso protonacionalista específico y bien definido. (p. 97)

Esta historia secularizada del Antiguo Testamento se introdujo en la conciencia popular a través de las escuelas de Israel, donde se enseñaba simplemente como historia judía. Sand no quiere aceptar nada de esto, y de hecho piensa que Israel fue politeísta hasta el exilio babilónico, cuando el monoteísmo surgió del contacto "con las religiones persas abstractas", se desarrolló en contacto con el helenismo tardío (p. 125) y se volvió a escribir en la historia con la creación de los escritos bíblicos.

En su opinión, fue el exilio babilónico el que creó la autoconciencia judía de un pueblo en el exilio. "El monoteísmo judío empezó a tomar forma entre las élites culturales que fueron deportadas a la fuerza tras la caída del reino de Judá... y la imagería del exilio y el vagabundeo reverbera ya, directa o metafóricamente, en una parte importante de la Torá, los Profetas y los Escritos..." (p. 129) Su tercer capítulo, sin embargo, se centra en el "segundo exilio" del año 70. "Hay que subrayar en primer lugar que los romanos nunca deportaron a pueblos enteros". (p. 130) "Flavio Josefo, el historiador de la revuelta de los zelotes en el año 66 de la era cristiana, es casi la única fuente para este exilio, aparte de los hallazgos arqueológicos que datan de esa época." (pp. 30-131) Josefo afirmó que "1,1 millones de personas murieron en el asedio de Jerusalén y en la gran masacre que siguió, que 97.000 fueron llevados cautivos, y que algunos miles más fueron asesinados en otras ciudades", pero "una estimación prudente sugiere que Jerusalén en ese momento podría haber tenido

una población de sesenta mil a setenta mil habitantes." "El gran Arco de Tito de Roma muestra a los soldados romanos llevando el candelabro del Templo saqueado, y no, como se enseña en las escuelas israelíes, a los cautivos de Judea llevándolo de camino al exilio. En ninguna parte de la abundante documentación romana se menciona una deportación desde Judea." (p. 131)

"Entonces", se pregunta Sands, "¿cuál fue el origen del gran mito sobre el exilio del pueblo judío tras la destrucción del Templo?". Cita la investigación de "numerosas fuentes rabínicas contemporáneas de que en los siglos II y III de nuestra era el término *galut* (exilio) se utilizaba en el sentido de subyugación política más que de deportación... Otras fuentes rabínicas se refieren al exilio babilónico como el único *galut*, que consideraban continuo, incluso después de la caída del Segundo Templo". (pp. 133-134) "Parece que la fuente del discurso sobre el exilio antijudío se encuentra en los escritos de Justino Mártir, que a mediados del siglo II relacionó la expulsión de los circuncisos de Jerusalén tras la revuelta de Bar Kokhba con un castigo colectivo divino." (p. 134) "Sin embargo, fue en el Talmud de Babilonia donde aparecen las primeras afirmaciones que vinculan el exilio con la caída del Segundo Templo. Una comunidad judía había existido en Baylonia continuamente desde el siglo VI a.C.". (p. 134)

Reconociendo el problema de afirmar una expulsión histórica del siglo I, algunos historiadores sionistas recurrieron a otra explicación.

Pero si no hubo expulsión, seguía siendo necesario un exilio forzoso; de lo contrario, sería imposible entender la historia "orgánica" del pueblo judío "errante", que por alguna razón nunca se apresuró a regresar a su tierra natal. El comienzo del "exilio sin expulsión" fue diferente del exilio que la tradición judía fechó erróneamente con la caída del Templo en el siglo I de nuestra era: el largo exilio fue, de hecho, considerablemente más corto, porque sólo comenzó con la conquista árabe. (p. 139)

Sand pasa entonces a revisar las comunidades judías que residían fuera de Palestina, los exiliados que nunca regresaron de Babilonia, las grandes comunidades en Partia en tiempos de los romanos y, por supuesto, las diversas comunidades en Egipto. Estas, argumenta, no podrían explicar el enorme tamaño que alcanzaron estas poblaciones si no fuera por la conversión.

El tema del proselitismo le lleva a retroceder varios siglos para repasar el auge de esta práctica en el propio Israel. Los asmoneos comenzaron a expandir sus fronteras y a judaizar a los habitantes de la tierra. En el año 125 a.C. conquistaron Edom y obligaron a los habitantes de Idumea a circuncidarse y observar la ley judía. En el 104-103 a.C. se produjo la anexión de Galilea y la conversión forzosa de los iturianos. Alejandro Janeo hizo esfuerzos similares, pero menos exitosos, para llevar a las ciudades costeras y a sus habitantes a Israel. Como estos pueblos helenos se resistieron a la conversión, destruyó sus ciudades. El mismo problema y la misma solución surgieron con la absorción de Samaria. Pero Sand se esfuerza en argumentar que, a su manera, los asmoneos eran completamente helenistas.

No sería exagerado decir que, de no ser por la simbiosis entre el judaísmo y el helenismo, que, más que nada, convirtió al primero en una religión dinámica y propagadora durante más de trescientos años, el número de judíos en el mundo actual sería aproximadamente el mismo que el de samaritanos. El helenismo alteró y vigorizó la alta cultura del reino de Judea. Este desarrollo histórico permitió a la religión judía montarse en el águila griega y atravesar el mundo mediterráneo. (p. 161)

A continuación se hace un largo repaso del proselitismo y la conversión en el mundo helenístico y en el primer imperio romano.

Pero, ¿qué pasó con todos esos judíos en Palestina? "En el año 324 de la era cristiana, la provincia de Palestina se convirtió en un protectorado cristiano, y una gran parte de su población se hizo cristiana. ... Parece que la desaparición de los judíos del país coincidió con la conversión de muchos de ellos al cristianismo". (p. 179) Sin embargo, siguió habiendo una importante presencia judía.

Baer, Dinur y otros historiadores sionistas no se equivocaron al afirmar que esta importante presencia judía se redujo drásticamente tras la conquista musulmana en el siglo VII, pero esto no se debió al desarraigo de los judíos del país, del que no hay ninguna prueba en los registros históricos. (p. 180)

Durante el periodo bizantino, a pesar de las persecuciones, se construyeron un buen número de sinagogas. Pero después de la conquista árabe, la construcción se interrumpió gradualmente y las casas de oración judías se hicieron más escasas. Es razonable suponer que en Palestina/Tierra de Israel se produjo un proceso lento y moderado de conversión, que explicó la desaparición de la mayoría judía en el país. (p. 182)

El resto del capítulo repasa el tratamiento que los historiadores sionistas dan a esta afirmación, primero aceptándola y esperando que la población agrícola palestina reconozca y gravite hacia la cultura superior de los inmigrantes sionistas, y luego renunciando a ella tras el violento rechazo de los palestinos a los sionistas.

Las siguientes sesenta páginas repasan la conversión al judaísmo de las poblaciones de los alrededores del Mediterráneo y del Mar Negro para formar el grueso de la ascendencia de los judíos modernos. "Desde la Península Arábiga hasta las tierras de los eslavos, el Cáucaso y las estepas entre los ríos Volga y Don, las zonas alrededor de la destruida y luego reconstruida Cartago, la Península Ibérica pre-musulmana, el judaísmo siguió ganando creyentes, asegurando así su impresionante presencia en la historia". (p. 190) Durante los años del Imperio Romano anteriores a Constantino, el judaísmo era legal, mientras que el cristianismo estaba prohibido y perseguido. Así, los que se sentían atraídos por el monoteísmo encontraban en el judaísmo una opción atractiva. También existía un estado de semiconversión, que se consideraba aceptable, en el que la gente se convertía en temerosa de Dios o "adoradora del cielo" sin asumir los rigores de la plena observancia de las leyes judías. Así, hubo un aumento de la población judía y judaizada hasta el establecimiento del cristianismo, tras el cual el proselitismo de los judíos fue prohibido y finalmente castigado severamente, momento en el que el crecimiento disminuyó.

Estas son las poblaciones convertidas de las que habla Sand:

- Tribus de la península arábiga que se convirtieron poco antes del surgimiento del Islam: Qaynuqa, Auraiza, Nadhir, Taima y Khaybar. "La difusión del monoteísmo judío, que aún no era rabínico, debió contribuir a preparar el terreno espiritual para el surgimiento del Islam". (p. 191)
- El reino de Himyar, en el extremo suroeste de la península arábiga, se convirtió al judaísmo hacia el año 380.

Fenicios y bereberes en el Magreb.



- Los íberos, principalmente soldados romanos proselitistas, esclavos y comerciantes, complementados más tarde por inmigrantes del norte de África.
- Los jázaros, originalmente una coalición de clanes turcos y hunos-búlgaros, con hegemonía sobre los escitas y alanos de habla iraní, y de tribus magiares y eslavas. Se convirtieron al judaísmo hacia el siglo VIII. Además de subyugar a sus vecinos y extraerles tributos, eran grandes comerciantes de esclavos. Fue aquí donde comenzó a formarse la lengua yiddish, quizá como lengua de intercambio entre los comerciantes. El declive del reino parece estar relacionado con la exitosa emancipación de los eslavos en el siglo X. Con la llegada de las invasiones mongolas del siglo XIII, muchos de los habitantes se trasladaron hacia el oeste, a Europa del Este.

En vista de su tesis de que las personas que se autodenominan judías son, en general, descendientes de prosélitos, cabría esperar que Sand se enfrentara a las pruebas de ADN resultantes de los estudios de búsqueda de rasgos genéticos comunes de estas poblaciones judías. Sand lo hace, citando varias afirmaciones y luego otros trabajos que las contradicen. Sin embargo, podemos ignorar lo que Sand tiene que decir al respecto, ya que su libro apareció en los primeros días de esta investigación. Desde entonces ha habido trabajos mucho mejores que 1) incorporan algunas muestras de ADN antiguo para dar una base histórica de comparación, 2) incluyen muestras de población mucho más amplias y 3) examinan una parte mayor del material genético de cada sujeto. El lector puede examinar estos estudios por sí mismo. Uno bueno para empezar es "The Origins of Ashkenaz, Ashkenazic Jews, and Yiddish", ya que también incluye un estudio histórico del componente lingüístico de esta etnia. (Frontiers in Genetics, 21 de junio de 2017, <https://www.frontiersin.org/articles/10.3389/fgene.2017.00087/full>)

Por supuesto, aunque la mayoría de los que hoy se autodenominan judíos sean descendientes de prosélitos, no de Abraham, no significa que no existan descendientes de Abraham en estas poblaciones. Pero si el concepto de judío es ser una persona así, descendiente de Abraham y de la antigua población que entró en Canaán bajo Josué, entonces el pueblo llamado judío no es en su conjunto lo que esa definición llama judío. Puede haber una pequeña minoría que pueda establecer tal identidad, como los Cohanim, quizás, para los que parece haber un marcador genético, pero no la mayoría.

Para los ortodoxos, o para otros grupos judíos observantes, esto podría no ser un gran problema, aunque no les gusten las conclusiones del libro de Sand. Sin embargo, como comunidad religiosa, pueden relacionar la identidad judía con la adhesión a su comunidad y sus observancias. Irónicamente, sólo pueden salvar su identidad judía adoptando una especie de teología de sustitución, algo de lo que culpan a los cristianos. Los cristianos (dejando de lado a los dispensacionalistas, que hacen que esto sea temporal durante la "era de la iglesia") sostienen que la Iglesia es el nuevo Israel, y que ha tomado el lugar de los judíos en el propósito continuo de Dios, aunque hay una continuidad porque la iglesia primitiva estaba de hecho formada por judíos que mantuvieron su pacto con Dios. El judío religioso debe sostener que es el prosélito quien ocupa el lugar del judío por descendencia física, aunque como en el caso del cristianismo hay un núcleo iniciador de los descendientes físicos. Para los sionistas este no es el caso. Aunque mantienen una especie de establecimiento religioso judío en el Estado de Israel, es principalmente un estado no observante, y muchos incluso son ateos. Así, los sionistas siguen necesitando que el pueblo

judío se constituya por descendencia, no por adhesión religiosa, para justificar su programa.

Por supuesto, como menciona Sand, la propia idea de descendencia se complica por el cambio de la antigua cultura judía patriarcal a la idea aceptada por los ortodoxos de hoy en día de que un judío es alguien con una madre judía. Así, la descendencia se concibe incluso de forma diferente.

Luego están las extrañas ramas del cristianismo, como el dispensacionalismo, que han vinculado sus distintivos teológicos a la idea de un pueblo continuado que constituye lo que llaman los judíos nacionales, los descendientes de Abraham, que se convierten en el centro de la historia como un pueblo identificable y consciente de sí mismo, idéntico a los que generalmente reciben el nombre de judíos hoy en día, especialmente cuando actúan como sionistas. Es justo este pueblo el que Sand identifica como una construcción, una ficción. Los dispensacionalistas, que pretenden ser los más bíblicos de todos los cristianos, han incorporado de hecho una ficción histórica judía extrabíblica a su concepción teológica central.

Ha habido una respuesta airada a Sand, especialmente por parte de los judíos seculares. Lo llaman un judío que se odia a sí mismo, que se entrega a fantasías sin pruebas. Las respuestas de este tipo que he leído me parecen que son ese tipo de escritos tan superficiales y llenos de odio de los que acusan a Sand. Por supuesto, se puede reprochar a Sand que desestime las enseñanzas bíblicas, pero tiene razón en que, como ateo, no puede creerlas, y en que no se debe permitir que los sionistas combinen la autoridad de la Biblia con su antisobrenaturalismo.